



4 de octubre de 1874

Despojarse del amor propio y revestirse de nuestro señor Jesucristo

Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hijas,

Quería recomendaros, una gran dedicación a la oración después de vuestro retiro, cogiendo como tema de vuestra meditación el cuidado con el que debéis despojaros de vuestra propia vida, para revestiros de la vida de nuestro Señor Jesucristo. Esto es, propiamente hablando, el espíritu de la Asunción.

Una religiosa de la Asunción debe, a lo largo de su vida, tratar de buscar en qué puede imitar la vida de nuestro Señor Jesucristo y desarrollarla en ella misma. Para ello, no se nos piden grandes austeridades. Nuestro Señor llevó una vida normal en medio de los hombres. Es cierto que esta vida terminó con sufrimientos atroces, soportados por nosotros en la cruz.

Cada uno de nosotros probablemente también tendrá sufrimientos al final de su vida. No solemos llegar a la muerte sin pasar de antemano por enfermedades, angustias, tristezas, como lo habéis visto con nuestras hermanas agonizantes. Por eso el misterio de la cruz debe estar presenten constantemente ante nuestros ojos para que nos infunda paciencia.

Por lo tanto, debemos buscar cómo podemos imitar esta vida de acción de gracias, esta vida de oración, esta vida de celo, este espíritu evangélico como lo vemos en el Evangelio. Pero iré al grano de inmediato.

No podemos llenarnos de la vida de nuestro Señor, *no podemos manifestarla en nuestra existencia*,¹ como dice San Pablo, sino a condición de que nos despojemos de nuestra propia vida, de nuestro propio espíritu, es decir, lo que es propiamente nosotros mismos. A menudo decimos: "Yo soy así, Yo pienso esto, Yo creo aquello". *Soy yo* con mi carácter, *Yo* con mi vehemencia, *Yo* con mis

¹ 2 Cor 4:11.

gustos, *Yo* con mis antipatías; es este *Yo* en todas sus formas que debemos rechazar y abandonar, si queremos tener el estilo de nuestro Señor Jesucristo.

Los filósofos dicen que es imposible hacer coincidir dos formas contrarias en la misma materia. Así, un artista no puede crear una figura humana que sea a la vez fuerte y delicada, energética y sin vigor. Lo mismo ocurre con nuestra alma. Mientras nuestra manera de ser permanezca, la forma de nuestro Señor no puede transformarnos. Por lo tanto, es necesario trabajar y perseverar para despojarnos de nuestra forma de ver, pensar, ser, querer, actuar, etc., – para revestirnos de la forma de ver, pensar, ser, querer y actuar que nuestro Señor nos ha enseñado en su Evangelio.

En este sentido os he recomendado muy a menudo, en general y en particular, tratar de ser mujeres evangélicas², por la sencillez, por la fe, por la atención a nuestro Señor por la dependencia de su espíritu, comprendiendo esta palabra a menudo tan dura para nosotras: *"El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo"*; pero esto es solo el principio de la perfección, y nuestro Señor añade: *"Que cargue con su cruz cada día"*³. porque la cruz se encuentra en la vida religiosa, ya que, es la base toda vida humana, y cuanto más voluntariamente se acepte, más feliz, tranquilo y contento se estará en este mundo. Así que esta sencilla razón debería hacernos aceptarla, soportarla con alegría sobre nuestras espaldas, en lugar de arrastrarla con desgana y con pesar.

A veces buscamos cruces y austeridades para mostrar nuestro amor a nuestro Señor. Creedlo, es una gran cruz alcanzar la perfección de nuestro Señor. Supone un gran dolor, un gran trabajo dedicarse tratar constantemente a alcanzar algo tan santo y perfecto como nuestro Señor. Es una forma muy difícil de conseguir. Para lograrlo, se necesitan grandes esfuerzos, y este esfuerzo es doloroso.

Y, sin embargo, este trabajo se ofrece a todos. Forma parte de la elección que uno debe hacer en este mundo entre el camino estrecho que lleva al cielo y el relajado que lleva a la perdición. Todos los cristianos están obligados a elegir, y solo los que pasan por el camino estrecho llegan al reino de los cielos. Pero para nosotros, que somos algo más que los cristianos normales, el esfuerzo debe ser mayor, más constante. Se nos pide un sacrificio total, generoso.

Es cierto, hermanas, que la alegría acompaña a este sacrificio, pues al olvidarnos, encontramos a nuestro Señor Jesucristo, experimentamos la alegría de

² "Hijas": palabra utilizada por la madre María Eugenia.

³ Mt 16:24.

estar unidos a él, poseemos la paz que derrama en una conciencia recta por su gracia y su compasión. En la medida en que los primeros elementos de la vida de Jesucristo aparecen en nosotros, en esa misma medida la paz comienza a echar raíces en nuestra alma.

Sabéis que cada vez que nuestro Señor se aparecía a sus discípulos después de su resurrección, sus primeras palabras eran: *La paz esté con vosotros*⁴. Así, desde la primera aparición de Jesucristo en el alma, nos da la paz. Si a veces trae pruebas, cruz, también trae la paz, y *la paz que supera todo razonamiento*⁵ según la expresión de San Pablo. Pero esta paz que supera todo sentido, solamente nos la da nuestro Señor, y en la medida en que su cruz cala en nuestra alma.

En este sentido un gran santo, San Lorenzo Justiniano, que había alcanzado un alto grado de perfección, decía que, si el mundo sospechara la alegría que se encuentra en la austeridad y en el sacrificio, la paz y la satisfacción que se encuentra en los monasterios más severos y sometidos a las leyes de la perfección, más rigurosa, escalarían los muros para venir a buscar estas alegrías.

En la medida, pues, en que el alma hace más sacrificios, que pone más empeño en asemejarse a nuestro Señor Jesucristo, en esa medida encuentra una alegría que el mundo no conoce, una alegría sobrenatural que se debe a la presencia de Dios en ella, y que supera todos los bienes y alegrías de la tierra. En este sentido nuestro Señor prometió a sus discípulos que *recibirían el ciento por uno incluso en medio de las persecuciones*⁶, este ciento por uno se nos da por la presencia de Dios en nosotros. Es cierto que los mártires en las profundidades de sus mazmorras estaban alegres y tranquilos ya que Jesús se formaba y habitaba en ellos. Así podían resistir hasta dar su vida por la confesión de la fe, con una fuerza sobrehumana.

Es cierto que esta presencia de Dios en nosotros no siempre se percibe, porque Dios quiere que el alma se purifique por mayores esfuerzos, por un trabajo más costoso. Así que se esconde, lo que es necesario para evitar que esta alma caiga en la autosatisfacción, en la vanidad espiritual, que es el mayor de los males. Dios se retira, quita sus consuelos, sus luces, para que nos veamos miserables e imperfectos.

Si fuéramos sabios, esta visión, en lugar de entristecernos, nos consolaría, porque nos sentiríamos, al menos por esta parte, absolutamente en la verdad, y

⁴ Lc. 24,36

⁵ Fil. 4,7

⁶ Mt 19:29.

comenzaríamos a caminar feliz y tranquilamente, reconociendo que somos la pura nada, y bien convencidas de que por nosotras mismas no podemos hacer nada.

Es extraño que ese sea el efecto que se produce en el alma a causa de sus imperfecciones. Por lo general, esta idea le desagrada. Esto demuestra que necesita que nuestro Señor se lo dé, le obligue a entrar en una pobreza extrema, hasta que ella se complazca en su pobreza porque encuentra la infinita riqueza en Dios.

Pero vuelvo a lo que os dije al principio: Acostumbraros a deciros con frecuencia: "Solo haré algunos progresos si *me* parezco a nuestro Señor. El recuerdo de *mí*, el pensamiento alrededor de *mí*, la mirada hacia *mí*, la palabra que vuelve sobre *mí*, todo esto debo eliminarlo, destruirlo, para que todo en mí vaya a nuestro Señor y que su imagen quede impresa en mi interior y en mi exterior.

A los más jóvenes les diría que este debe ser el objeto de sus esfuerzos y de su trabajo continuo: que pidan a Dios sobre todo la gracia de no perder el tiempo de la vida.

Este tiempo es precioso, porque se nos da para ganar la eternidad. A veces oímos a la gente decir: "¡Oh! ¡cómo me gustaría llegar al final!". ¿Qué sentido tiene decir esto? ¿Es para ahorrarse unos días de dolor y trabajo? ¡Y qué es eso para la eternidad! Si es para unirse a Dios, porque creemos que nos asemejamos a nuestro Señor Jesucristo, ¡es muy presuntuoso! Quién puede decir: "Soy como nuestro Señor?; tengo sus pensamientos, sus voluntades, sus formas de ver, de ser y de actuar" Quien habla de esta manera está todavía lleno de amor propio y de orgullo.

Por el contrario, como sabemos que aún queda mucho camino por recorrer, no digo que debamos pedir la vida, sino que lo aceptamos con gratitud, como un gran regalo de Dios. Si aceptamos la vida de esta manera, deseando solo parecernos más a nuestro Señor, Dios está como obligado a concedernos esta semejanza divina, que se completará durante la enfermedad.

Si solo deseamos librarnos de los problemas de la vida, nuestro Señor bien puede satisfacer este primer deseo, pero sin satisfacer el segundo. De este modo, seguiremos con un parecido incompleto e inacabado con nuestro modelo divino. Ya que es en esta tierra donde debemos formarlo en nosotros trabajemos aquí con valor, pensando que se trata de hacer una fortuna eterna, un bien eterno que buscamos poseer, un estado estable que debemos conquistar por medio de algunos sufrimientos en este mundo. Así han pensado todos los santos.